

Charles Perrault
Jacob y Wilhelm Grimm
Ludwig Tieck

CAPERUCITA ROJA

Ilustraciones de

Agustín Comotto
Marta Gómez-Pintado
Ana Juan
Alicia Martínez
Verónica Moretta
Elena Odriozola
Luis Scafati
Noemí Villamuza
Javier Zabala

de

Caperucita Roja es el cuento de hadas de transmisión oral que mejor ha sobrevivido al paso del tiempo, como manifiestan las múltiples versiones que de esta historia se han realizado a través de los siglos.

Tiene muchas lecturas, pero ante todo es un cuento para jóvenes que, de alguna manera, simboliza el paso de la niñez a la adolescencia.

Esta edición reúne las tres principales versiones del cuento:

En 1697 Charles Perrault fue el primero en incluir en un volumen de cuentos la historia de Caperucita. Escribió una fábula moralizante con la intención de advertir a las «señoritas» de la corte sobre los peligros de «ciertos hombres», disfrazados de lobos.

En 1812 Jacob y Wilhelm Grimm retomaron el cuento y su versión es la más conocida hoy en día.

Por último publicamos una rareza, la versión dramática y en verso que el gran escritor alemán Ludwig Tieck escribió en 1800.



AA. VV.

Caperucita Roja

ePub r1.4

Banshee 04.12.15

Título original: *Le Petit Chaperon Rouge* (Charles Perrault)

Título original: *Rothkäppchen* (Hermanos Grimm)

Título original: *Leben und Tod des kleinen Rothkäppchens* (Ludwig Tieck)

Charles Perrault, 1697

Hermanos Grimm, 1812

Ludwig Tieck, 1800

Traducción: Luis Alberto de Cuenca & Isabel Hernández

Ilustraciones: Agustín Comotto, Marta Gómez-Pintado, Ana Juan, Alicia Martínez, Verónica Moretta, Elena Odriozola, Luis Scafati, Noemí Villamuza & Javier Zabala

Editor digital: Banshee

Corrección de errata: supervisor, Áuryn

ePub base r1.2





Caperucita Roja

Traducción de Luis Alberto de Cuenca

Había una vez una niña de pueblo, la más bonita que hubieseis visto; su madre estaba loca con ella, y su abuela más loca todavía. Esta buena mujer encargó para ella una caperuza roja que le sentaba tan bien que todos la llamaban Caperucita Roja.

Un día, su madre, que había cocido y hecho tortas, le dijo:

—Ve a ver cómo anda tu abuela, pues me han dicho que estaba enferma. Llévale una torta y este tarrito de mantequilla.

Caperucita Roja salió en seguida para ir a casa de su abuela, que vivía en otro pueblo. Al pasar por un bosque, se encontró con el compadre Lobo, a quien le entraron muchas ganas de comérsela, pero no se atrevió, porque había algunos leñadores por la floresta.





Le preguntó adónde se dirigía. La pobre niña, que no sabía lo peligroso que es detenerse a escuchar a un lobo, le dijo:

—Voy a ver a mi abuela, y a llevarle una torta con un tarrito de mantequilla que mi madre le envía.

—¿Vive muy lejos? —le dijo el Lobo.

—¡Oh, sí! —dijo Caperucita Roja—. Al otro lado del molino que podéis ver allá lejos, en la primera casa del pueblo.

—Pues bien —dijo el Lobo—, yo también quiero ir a verla; voy a tirar por este camino y tú por aquel, a ver quién llega antes.

El Lobo echó a correr con todas sus fuerzas por el camino que era más corto, y la niña se fue por el camino más largo, entreteniéndose en coger avellanas, correr detrás de las mariposas y hacer ramilletes con las florecillas que iba encontrando.

No tardó el Lobo en llegar a la casa de la abuela. Llama a la puerta: «Toc, toc».

—¿Quién es?

—Soy tu nieta, Caperucita Roja —dijo el Lobo, imitando la voz de la niña—, y te traigo una torta y un tarrito de mantequilla que mi madre te envía.

La buena de la abuela, que estaba en la cama porque se encontraba un poco mal, le gritó:

—Tira de la llave, que caerá el pestillo.^[1]

El Lobo tiró de la llave y la puerta se abrió. Se arrojó sobre la buena mujer y la devoró en un periquete, pues hacía más de tres días que no había comido. Luego cerró la puerta y fue a acostarse en la cama de la abuela, esperando a Caperucita Roja, que llegó un poco después y llamó a la puerta: «Toc, toc».

—¿Quién es?

Caperucita Roja, que oyó el vozarrón del Lobo, tuvo miedo al principio, pero, creyendo que su abuela estaba resfriada, respondió:

—Soy tu nieta, Caperucita Roja, y te traigo una torta y un tarrito de mantequilla que mi madre te envía.

El Lobo le gritó, suavizando un poco la voz:

—Tira de la llave, que caerá el pestillo.

Caperucita Roja tiró de la llave y la puerta se abrió.

El Lobo, al verla entrar, le dijo mientras se ocultaba en la cama bajo la manta:

—Pon la torta y el tarrito de mantequilla encima del baúl y ven a acostarte conmigo.

Caperucita Roja se desnuda y va a meterse en la cama, donde se queda muy sorprendida al ver el aspecto que ofrece su abuela en paños menores. Le dice:

—Abuelita, ¡qué brazos tan grandes tienes!

—¡Son para abrazarte mejor, hija mía!

—Abuelita, ¡qué piernas tan grandes tienes!

—¡Son para correr mejor, niña mía!

—Abuelita, ¡qué orejas tan grandes tienes!

—¡Son para oír mejor, niña mía!

—Abuelita, ¡qué ojos tan grandes tienes!

—¡Son para verte mejor, niña mía!

—Abuelita, ¡qué dientes tan grandes tienes!

—¡Son para comerte!

Y diciendo estas palabras, el malvado Lobo se arrojó sobre Caperucita Roja y se la comió.



1.2

Caperucita Roja

Traducción de Isabel Hernández

Érase una vez una adorable niñita, a la que todos querían sólo con verla, pero quien más la quería era su abuela, que ya no sabía ni qué regalarle. En cierta ocasión le regaló una caperucita de terciopelo rojo, y, como le sentaba tan bien y la niña no quería ponerse otra cosa, todos la llamaron a partir de entonces Caperucita Roja.

Un buen día su madre le dijo:

—Mira, Caperucita, aquí tienes un trozo de tarta y una botella de vino, llévaselos a la abuela; está enferma y débil, y esto la reanimará. Ponte en camino antes de que empiece a hacer calor, y cuando te marches, anda con cuidado y no te apartes del sendero, no vaya a ser que te caigas, se rompa la botella y la abuela se quede sin nada. Y cuando llegues a su casa, no te olvides de darle los buenos días, y no te pongas a hurgar por todos los rincones.



—Lo haré todo muy bien —dijo Caperucita Roja a su madre dándole la mano.

Pero la abuela vivía en el bosque, a media hora de la aldea. Cuando Caperucita Roja llegó al bosque, el lobo le salió al encuentro. Caperucita Roja no sabía qué animal tan malvado era y no se asustó.

—¡Buenos días, Caperucita Roja! —le dijo.

—¡Muchas gracias, lobo!

—¿Adónde vas tan temprano, Caperucita Roja?

—A casa de mi abuela.

—¿Qué llevas en tu cestita?

—Una tarta y vino. Estuvimos haciéndola ayer en el horno; la abuela está enferma y débil y necesita algo bueno para fortalecerse.

—Caperucita Roja, ¿dónde vive tu abuela?

—A un buen cuarto de hora por el bosque, su casa está bajo los tres grandes robles; allí abajo están también los nogales, seguro que tú sabes dónde —dijo Caperucita Roja.

El lobo pensó: «Esta cosita joven y tierna es un succulento bocado, seguro que sabrá mucho mejor que la vieja. Tienes que ser muy astuto si quieres tragarte a las dos». Entonces anduvo un rato al lado de Caperucita y luego dijo:

—Caperucita Roja, mira qué flores tan hermosas hay a tu alrededor, ¿por qué no las miras? Me parece que ni siquiera oyes los adorables cantos de los pajarillos. Vas ensimismada, como si fueras a la escuela, y, sin embargo, ¡es tan divertido andar por el bosque!

Caperucita Roja abrió bien los ojos, y al ver cómo los rayos del sol danzaban de un lado para otro a través de los árboles, y que todo estaba lleno de hermosas flores, pensó: «Si le llevo a la abuela un ramo de flores frescas también le alegrará; es muy temprano, así que llegaré a tiempo», de modo que se apartó del camino y se adentró en el bosque en busca de flores. Y tras haber cortado una, pensó que más allá habría otra más bonita y, de ese modo, fue internándose cada vez más en el bosque. El lobo, sin embargo, se fue directamente a casa de la abuela y llamó a la puerta.

—¿Quién está ahí?

—Caperucita Roja, que te trae una tarta y vino, abre.



—No tienes más que bajar el picaporte —exclamó la abuela—; yo estoy muy débil y no puedo levantarme.

El lobo bajó el picaporte, la puerta se abrió de par en par y, sin pronunciar una sola palabra, se fue derecho a la cama de la abuela y se la tragó. Entonces, se puso su ropa, se colocó su gorro de dormir, se metió en la cama y corrió las cortinas.

Caperucita Roja había estado buscando las flores y, cuando hubo cogido tantas que ya no podía llevar ni una más, volvió a acordarse de la abuela y se encaminó a su casa. Se asombró de que la puerta estuviera abierta y, al entrar en la sala, todo le pareció tan extraño que pensó: «¡Ay, Dios mío, qué miedo siento hoy, con lo que me gusta siempre venir a casa de la abuela!». Y dijo:

—Buenos días.

Pero no obtuvo respuesta alguna.

Entonces fue hacia la cama y corrió las cortinas:

la abuela estaba allí tumbada, con el gorro de

dormir bien calado y un aspecto muy raro.

—¡Ay, abuela, qué orejas tan grandes tienes!

—Para así poder oírte mejor.

—¡Ay, abuela, qué ojos tan grandes tienes!

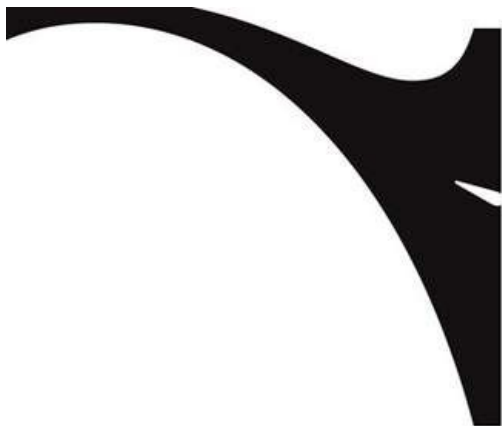
—Para así poder verte mejor.

—¡Ay, abuela, qué manos tan grandes tienes!

—Para así poder cogerte mejor.

—¡Ay, abuela, qué boca tan grande y tan horrible tienes!

—Para así poder



omerte
mejor.



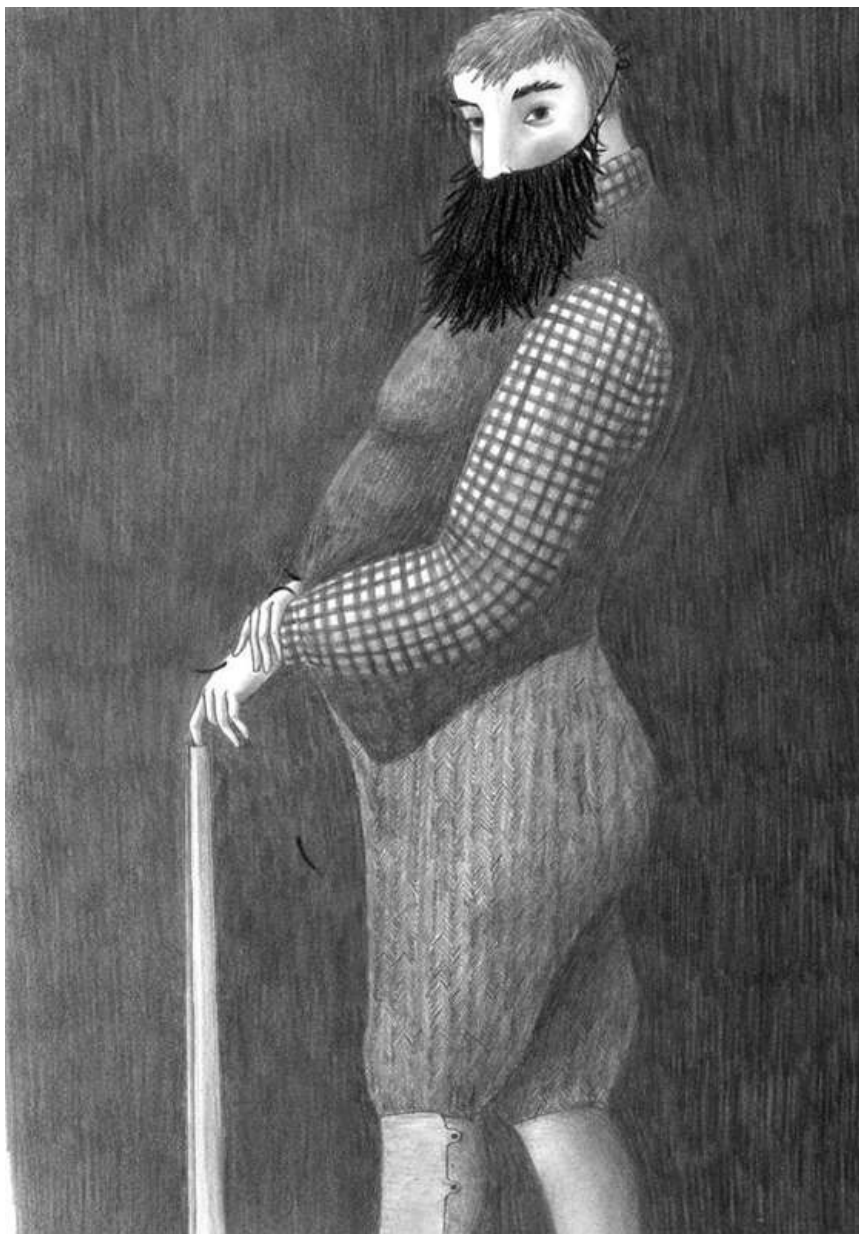
No había terminado de decir esto el lobo cuando salió de la cama de un salto y devoró a la pobre Caperucita Roja.

Cuando el lobo hubo saciado su apetito, volvió a meterse en la cama, se durmió y empezó a lanzar unos sonoros ronquidos. Justo en ese momento el cazador pasaba por delante de la casa, y pensó: «¡Cómo ronca la anciana! Tienes que ver si le pasa algo». Entonces entró en la sala y, al acercarse a la cama, vio al lobo tumbado en ella.

—Mira dónde te encuentro, viejo pecador —dijo—; hace mucho tiempo que te ando buscando.

Se disponía a preparar la escopeta cuando se le ocurrió que el lobo podía haberse comido a la anciana y que tal vez podría salvarla todavía, así que no disparó, sino que cogió unas tijeras y empezó a cortarle la barriga al lobo, que estaba dormido. Tras dar un par de cortes, vio relucir la roja caperuza; dio unos cortes más y la niña salió de un salto gritando:

—¡Ay, qué susto he pasado, qué oscuro estaba todo en la barriga del lobo!



Y después salió la anciana abuela, también viva, sin poder respirar apenas. Caperucita Roja trajo rápidamente unas piedras grandes y con ellas llenaron la barriga del lobo; y cuando este despertó, quiso levantarse de un salto y salir corriendo, pero las piedras le pesaban tanto que en ese mismo instante se cayó y se mató.

Entonces los tres se pusieron muy contentos: el cazador le arrancó la piel al lobo y se la llevó a casa, y la abuela se comió la tarta y se bebió el vino que

Caperucita Roja le había llevado. Caperucita, sin embargo, pensó: «Jamás en la vida volverás a apartarte del camino y adentrarte en el bosque cuando tu madre te lo haya prohibido».

Se cuenta también que en otra ocasión en que Caperucita Roja llevaba pasteles a la abuela, otro lobo le habló, y trató de hacer que se saliera del sendero. Sin embargo, Caperucita Roja se cuidó mucho de ello, siguió derecha por su camino, y le contó a su abuela que se había encontrado con el lobo y que le había dado los buenos días, pero con una mirada muy malvada:



—Si no hubiera sido porque estábamos en medio del camino, seguro que me hubiera devorado.

—Ven —dijo la abuela—, cerraremos bien la puerta para que no pueda entrar.

Al cabo de un rato el lobo llamó a la puerta y gritó:

—¡Abre, abuela, soy Caperucita Roja y te traigo unos pasteles!

Pero ellas callaron y no abrieron la puerta, así que aquel cabeza gris se puso a dar vueltas alrededor de la casa y, al final, se subió al tejado para esperar hasta que Caperucita Roja regresara a su casa al atardecer; entonces la seguiría y la devoraría en la oscuridad. Sin embargo, la abuela se percató de lo que tenía en mente. Delante de la casa había una gran artesa de piedra, así que le dijo a la niña:

—Coge el cubo, Caperucita Roja, ayer hice unas salchichas; echa en la artesa el agua en la que las cocí.

Caperucita Roja no dejó de llevar agua hasta que la enorme artesa estuvo llena del todo. Entonces el olor de las salchichas le llegó al lobo a la nariz; empezó a olfatear y a mirar hacia abajo, y, al final, estiró tanto el cuello que no pudo sujetarse y empezó a resbalar: así que se resbaló del tejado y justo fue a caer de bruces en la enorme artesa, y se ahogó. Y Caperucita Roja regresó contenta a casa, y nadie le hizo jamás mal alguno.



Vida y muerte de la pequeña Caperucita Roja (Una tragedia)

Traducción de Isabel Hernández

PERSONAJES

LA ABUELA

CAPERUCITA ROJA

HANNE, UNA JOVEN CAMPESINA

EL CAZADOR

DOS PETIRROJOS

EL LOBO

EL PERRO

UN CAMPESINO

PETER

SU NOVIA

EL RUISEÑOR

EL CUCO

ESCENA PRIMERA

Sala de estar.

La abuela está sentada leyendo.

Qué día tan hermoso hace

en el que a uno servir a Dios le place,

el cielo está claro, hasta aquí entra el sol,

recogimiento ha de sentir el corazón.

Oigo las campanas desde lejos,

hoy es un domingo perfecto,

los árboles se inclinan susurrantes ante la ventana,
como si de mostrarse temerosos de Dios gustaran.
Vivo aquí, muy lejos del pueblo,
si no, a la iglesia iría bien a tiempo,
pero soy vieja, enferma he estado,
por eso prefiero leer mi libro de cantos,
con ello el Señor tendrá que contentarse,
una pobre mujer más no puede esforzarse.

Bosteza y cierra el libro.

¡Ay, Dios! ¡Cómo anda el mundo!
Sí, sí, está muy mal todo en su conjunto.

Mi hija Elsbeth hoy una tarta hará,
y seguro que Caperucita Roja me visitará.

¿Se abre la puerta o es el viento?
Creo que la pequeña ya está dentro.

Entra Caperucita Roja.

CAPERUCITA ROJA.—

Buenos días, ¿cómo estás, abuela querida?

ABUELA.—

Así, así... algo cansada, muchas gracias, mi niña.

CAPERUCITA ROJA.—

Por la puerta muy despacio he entrado;
«si no ha dormido bien», he pensado,
«puede que ahora un poco adormecida se encuentre,
y del sueño despertarla no debes».

ABUELA.—

Hoy muy pronto me he despertado
y leyendo la palabra de Dios he estado.

CAPERUCITA ROJA.—

¡Qué buena eres! Hoy ha hecho madre
una tarta hermosa y grande,
un pedazo aquí para ti tengo.

ABUELA.—

¡Caramba! Qué aspecto tan estupendo.
¡Muchas gracias, mi niña, qué bueno!
¿Y tus queridos padres dónde están?

CAPERUCITA ROJA.—

Supongo que en la iglesia andarán.
Al pasar, el órgano sonaba
muy alegre, el coro fuerte cantaba.
La iglesia está hoy muy concurrida,
en ella el intendente predica,
el pastor está todavía enfermo,
por eso hoy está todo lleno,
creen que este el texto explicará mejor.
Afuera has echado limpia y fresca tierra de labor.

ABUELA.—

Hay que recordar que hoy es domingo,
si no, vive uno cual ateo y no cual fiel de Cristo.

CAPERUCITA ROJA.—

¡Por eso hoy de blanco me han puesto,
mira las flores de colores, el traje nuevo!
Gran alegría la caperucita me da,
que tú me regalaste por Navidad.
Todos me dicen con seguridad,
que la caperuza a un lado debería dejar,
y no llevarla siempre, un día y otro,
pero ningún color me gusta más que el rojo.

ABUELA.—

Ay, mi niña, llévala sin problemas,
yo te la regalé por Nochebuena,
te queda muy bien, y como bien conoces,
Caperucita Roja te llaman desde entonces;
si se gasta, otra nueva sabremos hacer.

CAPERUCITA ROJA.—

¡Para mí sería un inmenso placer,
si antes la Confirmación pudieran darme!
Entonces una nueva caperuza roja tendrías que
regalarme.

ABUELA.—

En eso ahora no debes pensar,
apenas tienes siete años, y a esa edad
a ningún niño llevan a la mesa del Señor,
no entienden aún nada de religión,
tampoco podrías llevar un gorro bermejo,

tendrías que portarte bien y vestir de negro,
un manguito, un alto cuello;
Dios nuestro Señor no da por bueno
que a él se llegue brincando como a la pista
de baile, y su palabra con gorros rojos en la iglesia
se cante.

CAPERUCITA ROJA.—

A la iglesia así he ido,
y nadie por ello nada me ha dicho.

ABUELA.—

Eso es porque eres una niña,
y a los menores no mira de forma tan precisa.

CAPERUCITA ROJA.—

¿Qué tiene Dios tan en contra
de estas bonitas gorras rojas?

ABUELA.—

¡Ay, calla, niña malvada! Lo primero
es que aún no sabes tú nada de eso;
quien en el reino de los cielos quiera entrar,
cosas difíciles tendrá que aceptar.
¡Ojalá tanto me deje vivir Dios
como para regalarte un gorrito en tu Confirmación!
Pero no debemos olvidar
que pronto mi alma tendré que entregar.

CAPERUCITA ROJA.—

Abuela, no, eso no corre prisa.

ABUELA.—

El tiempo pasa, la muerte arriba.

¡Me pongo en sus manos!

¿Quién sabe si mi fin está cercano?

CAPERUCITA ROJA.—

Abuelita, si me quieres,

preocuparme de ese modo no debes.

Tienes que quedarte aquí, a mi lado,

y juntas pasaremos el rato;

otra vez conmigo traeré mi muñequita de trapo,

y te alegrará de seguro.

ABUELA.—

Ay, niña querida, en este mundo

a menudo se está a un paso del sepulcro,

y que aún se ha de llegar muy lejos se piensa.

Mira, la tarta nos hemos comido entera.

¿Qué hace tu padre? ¿Por qué hasta aquí no se llega?

CAPERUCITA ROJA.—

Le duelen las piernas, andar le cuesta,

una rodilla tiene muy hinchada.

ABUELA.—

Seguro que algo necesitaba.

CAPERUCITA ROJA.—

Algunas cosas ya se ha tomado,

pero muy bien no le han sentado,
el cura dice que es por la bebida,
que tiene que dejarla con las medicinas;
pero eso mucho no le agrada,
dice que el cura lo enfada,
que tres veces más bebe él,
y las piernas bien puede mover.

ABUELA.—

Su primera alegría, ¡qué malas gentes!,
siempre ha de ser el aguardiente.

CAPERUCITA ROJA.—

Sí, algunas disputas nos procura;
pero madre tiene razón, pues asegura
que beber trabajar le impide.

Padre se enfada y se pone terrible.

ABUELA.—

Calla, hija mía, de niños no es propio
hablar ni opinar de tales negocios.

CAPERUCITA ROJA.—

También a madre le toca la conciencia,
que de mi presencia ni siquiera se avergüenza,
cuando de noche borracho dando tumbos a casa llega,
y sin causa alguna alborota y pelea.

Unas flores preciosas te he traído,
un poco más y casi me olvido,

todo el bosque de rojo está florido,
en la espesura, de miles de aves resuena su sonido.

ABUELA.—

¡Vaya, en el bolsillo, al meter la mano,
las lindas florecitas has destrozado!
Sigues y seguirás siendo todo un torbellino.

CAPERUCITA ROJA.—

Cuando hoy iba por el camino,
a cogerlas impelida me sentía,
mientras ellas a mis pies reían;
me pareció que en la ventana ponerlas podrías.
Escucha, ¿por qué los perros de esa forma ladran?

ABUELA.—

Se dice que hace días que un lobo por aquí anda
al que todos de seguro quieren dar rápido caza.

CAPERUCITA ROJA.—

A la puerta de tu casa todo es tan ameno,
junto a tu ventana susurra el bosque entero,
sin descanso las aves saltan y cantan
y alegres pían de rama en rama;
¿te gustan esas aves pequeñas?

ABUELA.—

A todas me encanta verlas,
despiertas están siempre desde temprano
y por el bosque bajan cantando,

su música es tal maravilla,
que el corazón a uno se le llena de dicha.

CAPERUCITA ROJA.—

¿Qué árbol es ese, cuyas hojas
oscilan tanto, como temblorosas?

ABUELA.—

Ese es el álamo temblón.

CAPERUCITA ROJA.—

¡Ajá! Un dicho me sé yo:

«Como un álamo tiembla». ¡Es por eso!

Pero ¿por qué tiembla tanto el árbol entero?

ABUELA.—

Hija mía, yo te lo voy a explicar,
pero mis palabras al viento no debes volver a echar:
cuando nuestro Señor Jesucristo en figura humana
por la tierra entonces andaba,
mucho caminaba por bosque y montaña.

CAPERUCITA ROJA.—

También anduvo por el desierto,
donde a cinco mil hombres dio alimento;
luego sufrió grandes tormentos,
y al final subió a los cielos.

ABUELA.—

¡Cierto! Para tus años es un montón
lo que sabes de la palabra de Dios.

CAPERUCITA ROJA.—

Palabra por palabra está en el Catecismo.

ABUELA.—

Nuestro Señor Jesucristo iba de sitio en sitio,
para predicar su doctrina, a los enfermos curar,
y a nosotros su Evangelio enseñar.

En una ocasión en que el bosque atravesaba,
los árboles supieron al instante de quién se trataba,
en su sinrazón empezaron unos hacia otros a inclinarse
y hasta la tierra a doblarse,
murmurando además, como si saludaran,

y sus sagradas pisadas besaran,
el roble, el haya, y como quiera que se llamen,
muestran con el Hijo de Dios hermosos detalles.

Mientras todos los árboles se inclinan humillados,
ve el Señor Jesús que, del álamo, el tronco
derecho está en su orgullo tonto,
sin querer mostrar su respeto por ningún lado,
ni inclinar humillado el rígido costado.

Dijo entonces el Señor: «Saludarme no quieres,
te comportas como si yo no estuviera presente,
por ello nunca dejarás de murmurar
y todas tus ramas constantemente habrás de agitar,
¡y hasta con el tiempo más tranquilo
tus verdes hojas agitarás sin tino!».

Miedo le entró al árbol cuando Él esto dijo,
y seguirá temblando hasta el Día del Juicio.

CAPERUCITA ROJA.—

¡Sí, sí, el que no lo oye, lo siente!

Adiós, regreso antes de que refresque.

ABUELA.—

Hija mía, antes de irte,
cántame la canción que te aprendiste.

Caperucita Roja canta.

El gatito Misemis salió a pasear
a pleno día por el tejado,
hasta el palomar se ha llegado,
para una paloma atrapar.

¡Miau, miau!

Por el agujero se cuela,
pero apenas al interior llega,
el apetito se le ha pasado:
mira por donde cae en una trampa
para la marta preparada,
y el gatito allí colgado,
agonizando grita: «¡Au!
nunca de un robo te fíes, ¡miau!».

ABUELA.—

Qué hermosa canción, toma nota,
la falta de virtud jamás nada bueno aporta.

Saluda a tu madre, le estoy muy agradecida,
porque a los ancianos y enfermos nunca olvida.

CAPERUCITA ROJA.—

¡Adiós, abuela! Seguro que regresaré,
y por la tarde comida te traeré.

Se marcha.

ABUELA.—

¡La nena se deja la puerta abierta!
¡Así en mi patio puede entrar cualquiera!

Está si cabe más alocada que nunca
y pronto entrará en la edad adulta:

pero eso no es muy importante,
hoy nadie vendrá a visitarme.

¡Cierto es, nada me importa más que esa niñita,
y cómo le sienta la roja caperucita!

ESCENA SEGUNDA

El bosque.

Entra el cazador.

CAZADOR.—

Tener que ser un cazador por y para siempre,
es algo que todavía no me cabe en la mente;
de noche y de día el bosque atravesar,
mientras otros en casa sentados están,
con la nieve, con el calor o con el fresco,
ni al cuerpo más sano le sirve de provecho,
no hay un pobre patán en la aldea,
que unos cuantos árboles no posea,
y luego de noche en la taberna se tome sus copas,
mientras yo por el bosque tengo que andar de ronda
para dar de un lobo con el rastro
que, al final, a mí mismo me hará daño.

Tabaco, si no estuvieras en el mundo,
la vida cuán triste fuera,
a nosotros, pobres vagabundos,
verdaderamente se nos compadeciera.

Se enciende la pipa.

¡Qué curioso! ¡En la piedra y el acero
escondido ha de estar el fuego!

¡Hay que ver hasta dónde el hombre ha llegado!

¡Todas las artes tienen su significado!

Es asombroso lo que el hombre compone,
y cómo todo para su provecho lo dispone;
y día tras día mucho más se aprende,
nuestros hijos serán de seguro más inteligentes,
pero a la gente la cabeza se le llena por momentos,
no se comprende a dónde irá a parar tanto entendimiento.

Llega Caperucita Roja.

CAZADOR.—

¡Vaya, Caperucita, la bienvenida te doy!

¿Cómo es que tan pronto has salido hoy?

CAPERUCITA ROJA.—

De casa de mi abuela regreso.

¿Vais hoy de caza?

CAZADOR.—

Sí, es que tengo

que cazar al lobo, que aquí en el bosque mora

y a algún que otro inocente corderillo devora.

CAPERUCITA ROJA.—

¿Así que es verdad lo que dice la gente?

¿Que es posible que un lobo hasta tan cerca se adentre?

CAZADOR.—

Son tipos muy descarados,

a los que gusta andar por todos lados.

CAPERUCITA ROJA.—

¿No teméis a él acercaros?

CAZADOR.—

Hace ya mucho tiempo que le tengo calado.

¿Temerlo? ¡Sería un verdadero desdichado!

Ni siquiera temo al mismísimo diablo.

CAPERUCITA ROJA.—

Oh, no habléis así, si ahora llegara

y por sorpresa os pillara...

CAZADOR.—

Un cazador ha de tener el ánimo valiente,

un gran corazón, la sangre caliente,

no hacer caso al peligro, no temer aguaceros,

de lo contrario, mejor estaría junto al brasero.

CAPERUCITA ROJA.—

Hoy lleváis nueva casaca,

y a juego os brilla también la navaja.

CAZADOR.—

Es que si al señor lobo atrapo,

al punto su vida se habrá terminado.

¿Es que no me sienta bien, el nuevo paño?

CAPERUCITA ROJA.—

Es más que suficiente para este caso.

CAZADOR.—

¿Acaso tienes alguna objeción?

CAPERUCITA ROJA.—

La chaqueta os sentaría mejor,

si, como mi caperuza, fuera de rojo color.

CAZADOR.—

No todo el mundo como tu caperuza puede ser,

también otros colores tiene que haber;

el color verde, lo prometo,

da un estupendo aspecto.

CAPERUCITA ROJA.—

El verde está muy bien y sirve en un apuro,

pero como el color rojo no hay ninguno.

CAZADOR.—

Verde es el bosque, la tierra es verde,

allá donde el ojo vuelves...,

hay algo en el color..., una esencia...,

un brillo..., comprende..., una cierta existencia.

CAPERUCITA ROJA.—

El verde es como la pobre gente,

que uno se encuentra constantemente,

crece en cada arbusto, en cada vedado,

¡ay, Dios amado!,

del rojo anda aún muy alejado.

El rojo los ojos al instante ha de despertar,

¿cuántos palos a un niño no le habrán de dar

para que de su glotonería se arrepienta?

Allí donde algo rojo se manifiesta

hay también unos labios encarnados,

que comen, aunque fuera un crudo bocado.

Afortunado quien consiguiera

que, como la mía, su cabeza luciera

una roja caperucita, tan bella.

CAZADOR.—

Dame un beso, eres una loca.

CAPERUCITA ROJA.—

Oh, apartaos, el tabaco disgusto me provoca.

CAZADOR.—

Tú, pilluela, si el tabaco no quieres oler,

jamás un esposo podrás tener.

Se marcha.

CAPERUCITA ROJA.—

Siempre piensan que si no se les obedece,

marido una no se merece,

si uno de ellos una chaqueta acaba de estrenar,

piensa que por eso todo el mundo le tiene que adorar.

Dos petirrojos salen volando del árbol dando

brincos alrededor de ella.

LOS PÁJAROS.—

¡Caperucita Roja! ¡Caperucita Roja!

CAPERUCITA ROJA.—

¿Qué es lo que de mí quieren estas aves voladoras?

LOS PÁJAROS.—

¡Muy buenos días! ¿A dónde te diriges?

CAPERUCITA ROJA.—

A casa. ¡Anda, mira qué cosas tan sutiles,
cómo sobre sus pequeñas patas saltan!

Tienen también algo rojo en el pecho y la garganta;
¡un grato placer son estos pajarillos!

LOS PÁJAROS.—

Tú eres un petirrojo,
nosotros somos como la Roja Caperucita,
eso nos da una alegría grandísima:

buenos somos,
amigos todos,
¿te gustaremos?

CAPERUCITA ROJA.—

¡Ay! Mis queridos compañeros,
¿es que no os ha dado el Señor
un rojo caperuzón?

¿Quién opinar podría
que ningún placer encontraría
en estos colores claros y amables,
y en esta vida adorable,
lo mismo que en las cosas tristes?

A las tristezas yo dejo irse,
creo muy vivamente
que intentarlo podré constantemente:
¡cuando la edad adulta tenga,

me vestiré como me convenga,

y una roja caperucita siempre llevaré puesta!

Se marcha.

LOS PÁJAROS.—

¡Caperucita Roja, Caperucita Roja es nuestra amiga!

¡Qué adorable y cálido el sol brilla!

Salen volando de allí.

ESCENA TERCERA

En medio del bosque.

EL LOBO.—

Ahora por entre estos espesos matorrales,
como un desterrado tengo que arrastrarme,
y desterrado y expulsado estoy.

Que amarme quiera con criatura no doy;
nadie se me acerca, ni me tiene confianza,
todos me miran con repugnancia.

¿Y por qué me pasa todo esto?

Porque yo a adular y a halagar no estoy dispuesto.

Porque no me humillo como un lacayo,
piensan todos de mí que soy malo.

Cuántas veces me han injuriado e ignorado,
y de país en país expulsado,

la simpatía buscando en vano,

nunca encontré, solo palos;

han tirado a darme, disparado pólvora,

preparado trampas y similares cosas;

todos gritaban, donde a la luz del día me dejaba ver:

«¡Ahí va el lobo! ¡Quitadle la piel!».

Y luego hablan de tolerancia

y consienten cualquier extravagancia,

cuando los domingos van con la chaqueta diaria,

y de los pobres pasan por camaradas.

El perro es más humano que cualquier individuo,
no tiene hermanos, pero siempre está unido
a nuestros comunes tiranos.

Pero si ahí viene, mi amigo el alano,
¡mi noble y buen alano! ¿De dónde sales?

Entra el perro.

PERRO.—

¡Vaya! ¿Son estos tus aposentos estivales?

Ando por aquí paseando un rato,
a ver si un conejillo o una liebre atrapo,
pero la carabina del cazador me atenaza,
pues un tipo así no entiende de bromas
cuando se trata de caza.

LOBO.—

¿Sigues en casa del padre de Caperucita Roja?

PERRO.—

Oh, sí, allí me van bien las cosas,
la hacienda es grande y siempre sobra algo,
que a mí prefieren darme de regalo,
la niña de la casa también es buena conmigo
y siempre me trae algo escondido,
a cambio al gato le vuelvo loco,
saco del agua algunos troncos,
me tumbo de espaldas y me hago el muerto.
¡Dios mío! Ahora no sufro ningún tormento.

LOBO.—

¡Con esas artes siempre se encuentra alimento!

PERRO.—

Hace ahora catorce o quince días,
que por el bosque hay gran trajín con la comida,
la abuela está enferma y se cuidan de ella,
para mí algún que otro hueso a un lado dejan.
Tal vez la anciana muera y, como recompensa,
su yerno herede todas sus pertenencias;
no le vendrá mal, le gusta mucho beber,
todo su dinero con las cartas suele perder.
Solo hay cierta filosófica tendencia
que no va muy bien con mi esencia:
la niña últimamente con una piedra llega
que pesa más que tres de ellas,
y a los pies me la suele echar,
como si yo la tuviera que transportar,
no puedo moverla, por parte alguna tocarla,
y en el suelo tengo que dejarla;
pero siempre que paso ante ella
siento como si posible fuera,
trato de cogerla, de levantarla,
grüño, es como si la vida se me escapara;
ahora aquí, ahora allí, tengo que probar,
incluso en los dientes ya lo puedo notar.

El viejo de mí se ríe, de la naturaleza nada entiende,
solo dice: «¡Mirad a ese chucho demente!».

LOBO.—

En tu situación no me gustaría verme,
tus días son para compadecerte,
no tienes voluntad propia, ni libre albedrío,
e incluso palos te dan sin motivo.

¡Disculpa si con tus alegrías acabo
de verte en tan noble estado!

PERRO.—

Habla, habla, bien te conozco yo,
y me sé que la especulación,
incluso la mejor, y la teoría toda,
en la vida práctica jamás se acomodan.

LOBO.—

Vaya, de todo estás ya curado,
como un asado, por ambas partes tostado.
Al final lo que quieres es chulearme.

PERRO.—

No, sabe que soy un hombre honorable,
siempre serás mi compañero favorito,
y aunque de humano tuvieras un poquito
y esas ideas rebeldes dejases a un lado,
seguro que llegarías a algo con los años.

LOBO.—

¡Amigo, no, vamos a ahorrarnos esto,
en la infancia aún con lágrimas pienso,
en aquellos días inocentes,
en que yo tenía un deseo latente,
en que hacer cosas de provecho deseaba,
en que a nobles acciones dispuesto estaba!
Nadie puede proponerse ideales tan altos,
tan elegantemente dibujarlos,
como yo todas mis fuerzas y talentos
dedicar quería solo al humano elemento,
del siglo a los espléndidos avances,
me prometía yo muchas maravillas por mis lances,
y todo muy ameno transcurrió,
tal como en otra ocasión ya te he contado yo.

PERRO.—

Cuéntalo otra vez, con placer te escucho,
en esta serena calma se está muy a gusto.

LOBO.—

Ya sabes que entonces, cuando nos conocimos
donde tú servías, en casa de Hans, el campesino,
yo de mi bosque me alejé
para todas las artes del perro aprender,
negando incluso mi propia raza,
para al gobierno servir con maña.
Ahuyenté ladrones, el patio vigilé,

yaciendo bajo la lluvia, me escurría hasta la piel,
hambre padecí y no menos tormentos,
pero era un rey en mis pensamientos;
yo era útil, y con mi trabajo contento me sentía,
que se me había otorgado un espléndido destino
me parecía.

PERRO.—

¡Silencio! Parece que una liebre siento.

LOBO.—

Tranquilo, loco, escucha no siendo
que turbes la trágica historia de mis quebrantos
con un egoísmo tan vano.

Así que atiende cómo acabó,
y cómo la experiencia a mí me llevó,
a odiar a los hombres que, como hermanos,
a los que llamé mis amigos, había amado;
¡ahora me repelen hasta en la muerte,
bien me gustaría destrozarlos con mis dientes!
Mi fantasía estaba entonces en pleno esplendor,
y juvenil era incluso todo mi ardor,
de cuando en cuando al bosque a pasear iba,
por si el azar me deparaba una lobita.

¡Oh, amigo! Lo que entonces conocí,
un cuerpo tan lindo que no puedo describir,
un espíritu para el que no hay palabras,

una razón que con oro no se paga,
¡un libro se hubiera podido escribir de ella:
Elisa, o cómo ha de ser una lobezna !

PERRO.—

Amigo mío, ahórrate los encantos,
creo que me tomas por enamorado.

LOBO.—

¿Decir qué puedo? Ella me amaba y yo a ella,
nuestras noches de luna de dicha estaban llenas;
yo la veía en el bosque, ella en secreto me visitaba,
deseábamos que nada nos separara.

Una mañana se retrasa mi querida,
los campesinos entran en el granero a la trilla,
a la incomparable dama allí encuentran,
los mayales sobre su delicado cuerpo revientan,
¡y no te imaginas, por la furia llevados,
a mi amada de la granja echan a latigazos!

PERRO.—

¿Te pusiste, pues, de muy mal humor?

LOBO.—

«¿Será que habéis encontrado el amor,
humanos?», para mis adentros pensaba yo,
pero mi cólera reprimí,
y a adaptarme a la necesidad aprendí,
la pasión de mi corazón a dominar.

No pasó mucho tiempo y en el pueblo empezaron

a notar que yo no lobo, sino perro era.

Puesto que me conocían, ¿el nombre qué pesa?,

yo que tan bien les había servido,

fui desde entonces un ser perdido,

porque el prejuicio no desterraban

de que de mí uno no se fía, a la cadena me ataban,

como si un delito hubiera cometido.

Diciendo «¡ah!» y «¡oh!»

me adapté a la nueva situación;

pero una noche un plan escuché,

ante el que toda la sangre por el cuerpo me empezó

a correr: decidieron ponerme unas cadenas,

de manera que ni manos ni pies mover pudiera;

luego, así les oí decir,

los dientes al punto me iban a partir,

así conmigo harían lo que quisieran,

incluso si desollarme debieran;

aun al tratante de osos venderme podrían,

y cual loco los mercados que recorrer tendría,

y cuando se hartaran de mí, sin ningún riesgo,

muerte podrían darme al momento.

¡Cómo todo esto me partió el corazón, alano!

PERRO.—

Juegan a unos juegos muy extraños.

LOBO.—

Mi rabia pronto rompió la cadena,
al cercano bosque me fui a la carrera.
Lo que desde entonces he pasado, lo voy a silenciar,
pues hasta a la más paciente naturaleza podría indignar;
balas en las orejas me susurraban,
mortíferas trampas me tenían preparadas,
a menudo los perros me rozaban el pellejo;
amigo mío, no hay criatura en el mundo entero
de la que como del pobre lobo se piense tan mal.
Pero también desde entonces tengo el plan
de sembrar tanta desgracia como pueda;
desde entonces nada mejor me sienta
que la visión de la sangre.

Toda su dicha quiero arruinarles,
al novio a su novia masacrarle,
a los niños de sus padres separarles,
y a todo lo que llamarse desgracia pueda
esta cabeza no parará de darle vueltas.
Tan lejos me han llevado al final
que a los que no me quieren voy a devorar,
y si tú mi amigo no fueras,
el golpe de gracia ya te diera.

PERRO.—

¡Solicito siervo, por todos los santos!

¿Es que no tienes vergüenza ni recato

para arrepentirte de tu maldad?

¿Es que no crees en la inmortalidad?

¿En el castigo después de esta vida terrenal?

LOBO.—

¡No, supersticiones todo lo considero!

Las alegrías de allí uvas son, me creo,

que, mi tonto amigo, cuelgan demasiado alto

en un campo, me parece, demasiado ancho:

¡lo que en el cuerpo me meta para adentro,

eso es mío, seguro y cierto!

A ninguna otra doctrina puedo acomodarme.

PERRO.—

¡Caramba! Por vos tengo que avergonzarme,

vuestra compañía no quiero más procurar,

me voy por miedo a que me vaya a contagiar.

Sale.

LOBO.—

Tontas y frívolas son las cabezas,

a las que cualquier miedo y opresión llega,

que de fuerza e independencia no saben ni un chavo:

¡mejor habría sido destrozarlo en pedazos!

Pero a su querida Caperucita Roja atrapar prefiero,

es algo que deseo desde hace ya tiempo;

su padre es un hombre, además,

que me ha causado gran calamidad.

Ahora mismito me pongo en marcha,

buena hambre de ella tengo en mi garganta.

Se marcha.

ESCENA CUARTA

Sendero en el bosque

CAPERUCITA ROJA. HANNE

HANNE.—

Está oscureciendo, yo ya no sigo.

CAPERUCITA ROJA.—

Qué va, el sol calienta con todo su brillo.

HANNE.—

Será una noche oscura y siniestra,
antes de que hayamos hecho el camino de vuelta.

Entran en escena Peter y su novia.

NOVIA.—

¿También tú de paseo, Caperucita Roja?

PETER.—

A la pequeña siempre vuelvo loca,
es una niña adorable con creces.

Bueno, Caperucita Roja, ¿qué te parece?

¿Aún mi novia quieres ser?

CAPERUCITA ROJA.—

La tuya tú ya tienes, cállate.

PETER.—

No nos lo tomamos muy a pecho,
mi segunda esposa puedes ser tú luego.

NOVIA.—

¡No le creas, habla como un necio!

Peter, a la niña no le metas miedo.

CAPERUCITA ROJA.—

Anne Marie, déjale hablar,

con el Peter no me casaría jamás,

no me gusta gran cosa,

y luego estaría viejo y tendría joroba,

seguro que sin necesitarle,

un novio mejor viene por novia a demandarme.

NOVIA.—

¿Lo ves? Eso viene de tus desvaríos,

bien sabe esta cómo meter a la gente en un lío,

es tan lista como lo somos nosotros ahora

y eso que es solo una niña pequeña y rechoncha.

Los dos se van.

HANNE.—

Ha dicho que eres una niña rechoncha.

CAPERUCITA ROJA.—

Oh, déjalos con sus cosas,

los dos son, ella y él, algo insensatos,

por eso contestan tan despreocupados.

Él otra novia jamás habría encontrado,

ella otro novio no podría haber esperado,

por eso, con razón, mucho el uno del otro esperan,

y ahora se creen que son cosa buena.

HANNE.—

Aquí hay un diente de león, voy a soplarlo,
para ver si viviré aún muchos años.

Pasa un campesino.

CAMPESINO.—

Qué raro que a los niños dejen andar por ahí,
al lobo bien le podrían venir.

Marchad a casa, niñas, es lo que toca,
se hace de noche, ya va siendo hora.

CAPERUCITA ROJA.—

Voy a casa de mi abuela, le llevo la cena,
vuestro lobo no me amedrenta.

CAMPESINO.—

Cuando te vaya a masacrar,
de otra forma ya hablarás.

Qué manía tienen ahora estos pequeños
de no ser nunca lo bastante discretos.

Sale.

HANNE.—

Mira, voy a vivir cien años.

El cuco, detrás del escenario.

¡Cucú! ¡Cucú! ¡Cucú!

CAPERUCITA ROJA.—

Eso sería demasiado largo.

HANNE.—

No, no, esto siempre acierta.

Ahora ya el lobo no me amedrenta.

CAPERUCITA ROJA.—

Pues yo también voy a probar fortuna.

Sopla la flor.

Mira, se ha quedado sin ninguna.

HANNE.—

¡Ay, pobre niña! ¡Morir tan pronto!

CAPERUCITA ROJA.—

Así heredarás mi gorro rojo.

Pero viviré más que tú y más divertido,
pues ya se ve que tengo un pecho más lindo,
por eso se han volado todas las hojas.

Mi madre bien me ha educado para no creer en esas
cosas tampoco me imagino cómo la flor podría saberlo;
amarilla es primero, y gris se vuelve luego,
como un hombre ingenuo que en sus casillas no está,
se planta en el camino y llega un vendaval,
y ni un solo pelo le deja cabal.

CUCO.—

¡Cucú! ¡Cucú! ¡Cucú!

HANNE.—

¿No lo crees? Pues yo otra cosa sé:
pregunta al cuco cuánto tiempo te queda por ver;
si él no lo sabe, no lo sabe ninguno.

CAPERUCITA ROJA.—

En esos pájaros solo confía uno,
que, sentado en la oscuridad,
de aburrimiento tiene que gritar:
¡Cuco! ¿Cuánto tiempo por vivir me queda...?

HANNE.—

¿Lo ves? Ninguna respuesta te llega.
¡Ay, pobre niña! Que te vaya bien,
y si acaso no te vuelvo a ver,
en la muerte acuérdate de mí,
que yo en vida pensaré en ti.

Sale.

CAPERUCITA ROJA.—

La pequeñaja no es aún muy inteligente
y para su edad aún boba suficiente.

El cuco entra en escena.

CAPERUCITA ROJA.—

¿Qué es lo que este pájaro de mí puede querer?

CUCO.—

¡Mira a tu alrededor! ¡Cu! ¡Cu! ¡Cuidado has de tener!

¡Cu! Decir lo que quiero no oso.

¡Cu! ¡Cu! Mira a tu alrededor, el lobo...

¡Cu! ¡Cu!

Sale volando.

CAPERUCITA ROJA.—

¡Cu! ¡Cu! La verdad es que mucho no ha hablado,

casi me río de este alocado.

Entra el perro.

CAPERUCITA ROJA.—

¡Eh, perro! ¿De dónde vienes? Cómo me lisonjea,
y cómo a mi lado se pega,
al ver que la comida llevo.

PERRO.—

¡Guau! No estés tan segura de ello.

CAPERUCITA ROJA.—

Solo pregunta cuando yo a casa llegue,
la hora será entonces para que almuerces.

PERRO.—

¡Guau! No te creas demasiado valiente,
yo vendré, guau, guau, y me arrodillaré ante tu frente,
mucho no puedo decirte,
guau, guau, guau, pero demasiado no te fíes,
el lobo devorarte podrá.

CAPERUCITA ROJA.—

¡Ay, perro ingenuo! ¡Me tengo que marchar,
tu cabeza muy bien no parece funcionar!

Sale.

PERRO.—

¡Guau! ¡No te fíes demasiado!

CUCO.—

¡Cu! ¡Cu! ¡A tu alrededor echa un buen vistazo!

RUISEÑOR.— (*Tras el escenario.*)

¡Trilirí! De todos los pájaros,
sus cantos resuenan, resuenan, hondos y altos,
lo que en miles de lenguas balbucean
todos al final tararean,
pero ninguno de ellos ha logrado
a gentes honestas y amables haber agradado,
a todos, yo con mi resonancia.

CUCO.—

¡Cucú! ¡Mira la arrogancia!

ESCENA QUINTA

Habitación.

EL LOBO.— (*En la cama.*)

Aquí todo contento he entrado
y a la anciana la vida he quitado,
en el patio y en la casa la puerta abierta estaba
en contra de lo que yo esperaba;
la vieja se enfadó y trató de defenderse,
pero yo ya no pude contenerme,
ahora ahogada bajo la cama yace,
ojalá tuviera a Caperucita Roja aquí delante.
Pero el asunto voy a maquinar
y por la anciana me voy a hacer pasar;
el gorro de dormir me pongo, la noche se adentra,
por las ventanas mucha luz no penetra,
me meto en la cama, como si estuviera enferma,
ya la estoy oyendo, pensativa llega.

Entra Caperucita Roja.

CAPERUCITA ROJA.—

Abuela, ¿ya te has ido a la cama?

EL LOBO.—

Ya hace una hora, mi niña querida, necesitaba
volverte a ver, me encuentro mal.

CAPERUCITA ROJA.—

Madre muchos saludos te da,

te manda un pollo asado,
que, para tu debilidad, será un buen plato.

Padre estaba enfadado,
he salido corriendo, porque a veces me ha pegado,
no quiere que a verte siempre venga,
y que en tus penas te sostenga.

Estás en la cama, pero en el otro canto.

¡Vaya, abuela! ¿Cómo tienes esas extrañas manos?

EL LOBO.—

Son buenas para sujetar las cosas con energía.

CAPERUCITA ROJA.—

En casa los dos viejos querían
que esta noche contigo me quedara.

EL LOBO.—

Eso mismo es lo que yo deseaba.

CAPERUCITA ROJA.—

Dicen que de noche no es bueno por ahí andar,
pues ante el peligro nadie una mano me podría echar.

¡Vaya, abuela, qué orejas tan grandes tienes!

EL LOBO.—

Con ellas mejor oír se puede.

CAPERUCITA ROJA.—

La ventana está abierta, entra fresquito.

EL LOBO.—

Déjalo, en la cama se estará más calentito.

CAPERUCITA ROJA.—

De verte tenía un gran deseo,
pero ahora aquí en la sala miedo siento.

¡Vaya, abuela, qué ojos tan grandes tienes!

EL LOBO.—

Con ellos mejor ver se puede.

CAPERUCITA ROJA.—

Tampoco esa nariz parece la tuya.

EL LOBO.—

Mi niña, son los rayos de la luna.

CAPERUCITA ROJA.—

¡Ay, Dios mío! ¡Qué boca tan grande tienes!

EL LOBO.—

¡Con ella comerte mejor se puede!

CAPERUCITA ROJA.—

¡Ay! ¡Socorro! ¡Socorro! ¿Quién me puede ayudar?

EL LOBO.—

¡En vano gritas, muerta ya estás!

Cae la cortina de la cama.

Los dos petirrojos pasan volando ante la ventana.

PRIMER PÁJARO.—

Ven, por la ventana vamos a entrar.

SEGUNDO PÁJARO.—

Caperucita Roja, nuestra alegría, está dentro.

PRIMER PÁJARO.—

Estará en la cama, voy a ver si la encuentro.

Se cuela tras la cortina.

SEGUNDO PÁJARO.—

Qué buen aire entra por ventanas y puerta.

PRIMER PÁJARO.— (*De vuelta.*)

¡Oh! ¡Oh! ¡Qué dolor y qué pena!

SEGUNDO PÁJARO.—

¿Qué pasa?

PRIMER PÁJARO.—

El lobo está aquí, Caperucita Roja está muerta.

LOS DOS.—

¡Ay! ¡Ay! ¡Qué desgracia tan grande!

El cazador asoma la cabeza por la ventana.

CAZADOR.—

¿Qué gritos son esos tan lamentables?

LOS PÁJAROS.—

¡Ay, Dios, es horrible! ¡Caperucita Roja está muerta!

El salvaje lobo ha acabado con ella,

Y también en parte se la ha comido.

CAZADOR.—

¡Que Dios se apiade! Por la ventana le pego un tiro.

Dispara al interior.

Ahí yace el lobo y también está muerto,

esto para todos ha de servir de ejemplo,

nadando en su roja sangre está.

Cualquiera un delito cometer podrá,
pero al castigo jamás escapará.



CHARLES PERRAULT (París, 1628-1703). Es conocido ante todo por sus cuentos, que recuperó de la tradición oral, entre los que figuran: *Cenicienta* , *La bella durmiente* , *Caperucita Roja* , *Riquete el del copete* , *El gato con botas* o *Pulgarcito* , que fueron recopilados en Cuentos de mamá Oca. Sus historias infantiles perduran a través de los siglos. Llegó a ser miembro de la Academia Francesa.



JACOB LUDWIG KARL GRIMM / WILHELM KARL GRIMM (Hanau, Alemania, 1785-1863 / 1786-1859). Filólogos de formación y estudiosos del folclore. Fueron profesores universitarios en Kassel, en Gotinga y en la Universidad Humboldt de Berlín. Recorrieron su país hablando con los campesinos, con las vendedoras de los mercados, con los leñadores y recogiendo historias de los lugareños, además de estudiar la lengua y su uso, el antiguo folclore de la región, etc. Fruto de este trabajo son sus cuentos, entre los que destacan *Hansel y Gretel*, *Blancanieves*, *La pequeña vendedora de cerillas*, *Juan Sin Miedo*, etc., que recopilaron con el título de *Cuentos para la infancia y el hogar*, y más tarde ampliaron en *Cuentos de hadas de los hermanos Grimm*.



LUDWIG TIECK (Berlín, 1773-1853). Formó parte del grupo romántico de Jena junto con Schlegel, Novalis y Schelling. En su comedia *El mundo al revés* (1798) renovó las estructuras dramáticas tradicionales, orientando su romanticismo hacia lo fantástico y hacia la recreación de las antiguas leyendas de la Alemania medieval. Lo más destacable de su obra lo constituyen sus cuentos satíricos y sus fábulas, como *El caballero Barba Azul* y *El gato con botas*, que se publicaron reunidos en *Phantasus* (1812-1816). En Nórdica ya publicamos sus *Cuentos fantásticos*.

Notas

[1] La chevillette era una pequeña llave de madera que llevaba atada una cuerda que pasaba al exterior por un agujero practicado en la puerta; la bobinette, un tarugo de madera que hacía de pestillo. Obsérvese el ritmo cantable de la frase original: «*Tire la chevillette, la bobinette cherra* ». (N. del T.) <<

